

MONTSERRAT Caballé estaba feliz. El día en que celebró su 50 cumpleaños, su marido y sus dos hijos, Bernabé y Montsita, pudieron trasladarse a Roma, para celebrar a su lado esta fecha tan señalada para ella.

La mejor soprano del mundo obtuvo satisfacciones a todos los niveles. Cantó en Roma, donde obtuvo un gran éxito; fue recibida por el Papa, y pudo estar con su familia durante cuarenta y ocho horas, algo muy importante para una diva como ella, que siempre anda de aquí para allá, viajando por el mundo. Su medio siglo merecía algo sin precedentes.

—No creas, en principio creí que los niños no podrían acompañarnos. Bernabé tenía un examen y, afortunadamente, se lo anticiparon veinticuatro horas. Montsita va un poco retrasada y pensé que no le darían permiso. Lo del Papa fue decisivo para que las monjitas la autorizasen —nos explicaba la diva, radiante—. Es que no se puede pedir más. Lo de Su Santidad, los cientos de telegramas, las flores. Pero si hasta la tripulación de Iberia me felicitó por los altavoces cuando subí al avión...

—¿El regalo de su marido?

—Cincuenta rosas rojas, un beso y una frase: «Gracias por todo». El chico anda asombrado de que papá se haya acordado. Bernabé no es nada regalón y el niño salió a él.

Como la Caballé tenía cuarenta y ocho horas apretadas al máximo, apenas disfrutó de la compañía de sus hijos. Los confió a la amistad ilustrada del escritor catalán Terenci Moix. Ningún cicerone lo hubiera hecho mejor. Les enseñó todos los rincones, historias y secretos de la Roma cristiana y pagana.

—El chico ya había estado aquí de pequeño, pero no se acuerda de nada. Montsita, de once años, estrenó su primer par de medias coincidiendo con mi medio siglo. ¿Verdad que está preciosa? —decía Montserrat, muy orgullosa.

Comida típica italiana» y pastel con una vola

Pese al exhaustivo programa —audiencia pontificia, cena privada con el presidente del Gobierno, señor Fanfani, concierto en la Academia de Santa Cecilia—, la familia consiguió celebrar el aniversario en la más estricta intimidad, en el comedor privado de uno de los salones renacentistas del Hotel Columbus. El menú de la comida consistió en *spaguetti alle vongole, sca/opine milanese y pene al ailolio*, especie de macarrones cortados que aliñan con ajo y aceite.

—Me encanta la pasta —asegura Montserrat— y cuando visito Italia no puedo resistir la tentación. La tomo en cada comida.

Como remate adecuado, tarta de chocolate con una vela, una sola, aunque bastante gruesa.

Por la noche, nueva conmemoración. Mientras los hijos cenaban en Plaza Navona, el presidente del Gobierno italiano, Amintore Fanfani, la agasajó en su residencia del Palacio Chigi. Doble sorpresa cuando los señores Fanfani hicieron traer otro pastel, también con una sola y más discreta vela, y la encantadora pareja entonó el «feliz, feliz cumpleaños, Montserrat». Hubo lágrimas



Montserrat Caballé, fotografiada con su marido, Bernabé Martí, y sus dos hijos: Bernabé, de dieciséis años, y Montsita, de once, en una de las calles colindantes a la Plaza de San Pedro.

Montserrat Caballé, 50 cumpleaños en Roma con su marido y sus hilos

La mejor soprano del mundo no podía pedir más en un día tan señalado: celebró su aniversario comiendo en un restaurante con su familia, que muy pocas veces puede estar a su lado; cenó en privado con el presidente del Gobierno italiano; interpretó un concierto en la Academia de Santa Cecilia, y fue recibida por el Papa, con quien mantuvo una breve conversación.



Juan Pablo II, conversando con la soprano y su familia tras la audiencia general en el Vaticano.



Montserrat Caballé, charlando con el presidente del Gobierno italiano, Amintore Fanfani.

de emoción y gratitud, renovadas al verse obsequiada con una colección de los grabados que pinta el señor Fanfani. Ante la abstracción de las pinturas —los pinceles son el *hobby* de la diva—, interrogó si el dibujo que más le gustaba representaba un pez. Enmudeció cuando Fanfani contestó que era un retrato de su mujer. Luego cantó a beneficio de la Cruz Roja Italiana, en la Academia de Santa Cecilia, y fue condecorada con una medalla de oro.

El gran momento fue la conversación con el Papa, audiencia colecti-

va en la Plaza de San Pedro. Mañana fría y tres horas al aire libre. A tono con la ocasión, Montserrat vestía traje de chaqueta negro, con velo. Nada de pintura.

—Ha sido muy hermoso y estoy a punto de explotar de felicidad. El Papa nos habló en castellano. Dijo que «es muy hermoso ir por el mundo llevando la música, pero que aún era más hermoso ver reunida a una familia peregrina, llena de fe». Creo que le gustó el hecho de que fuésemos con los niños. Me emocioné mucho —comentó Montserrat.

Madraza por encima de todo

—es capaz de suspender un debut por estar con los suyos—, tenía un peso de conciencia. No haber podido compartir con los niños el paseo por Roma.

—Al menos quiero una foto en el Coliseo —pidió.

Ya camino del aeropuerto, mandó detener al coche y bajaron para la instantánea apetecida.

—Es la primera vez que Montsita venía a Roma y me hacía gracia un recuerdo de todos juntos. Lo consigo tan pocas veces...

Jesús Marinas



La famosa soprano, comiendo en un restaurante de Roma, con su familia, el escritor Terenci Moix (a la derecha) y otro amigo.



No podía faltar la tarta de cumpleaños, con una sola vela, que Montserrat apagó ayudada por su marido y sus hijos, como vemos en la foto.



Bernabé coge cariñosamente la mano de su madre, durante un momento de la comida. Montserrat nació en Barcelona el 12 de abril de 1933.



Al finalizar su interpretación en la Academia de Santa Cecilia, fue obsequiada con los aplausos del público y una cesta de flores.